

UNA BUENA PREGUNTA

Una barca de amores

La cantante salteña Melania Pérez presenta "La flor del comprendimiento", su tercer disco solista.

Por Santiago Giordano

Si por esas cosas de las estadísticas hubiese que hacer la lista de las grandes cantantes argentinas, seguramente Melania Pérez estaría entre las primeras. Aunque si a la hora de establecer descendencias y genealogías, la salteña que supo ser parte de lo que muchos recuerdan como la mejor formación de las Voces Blancas –entre 1967 y 1971– o que en la década de 1970 integró con Icho Vaca el precioso Dúo Herencia, por ejemplo, no encaje en ningún modelo. Cualquier intento de clasificarla, por más cerebrado o bienintencionado que pueda parecer, está destinado al fracaso: Melania Pérez es una cantante sencillamente única e irrepetible.

Es muy probable que al escucharla la boca se nos llene de un gusto a pasto pisoteado y apreciamos ese sabor a cuero resobado y reseco, como Manuel Castilla descubría en la baguala; es también posible que sintamos que a partir del gesto antiguo de la voz dulce y trágica, aura protectora de las canciones, los laberintos de la modernidad nos abren su juego. Si se hace difícil distinguir dónde esa voz comienza su color capaz de encontrar la inflexión justa para cada palabra, es más difícil aún intuir dónde termina su extensión, la plasticidad que con aliento bagualero escala el sentido de la copla y con sensibilidad de alquimista convierte arcaísmos en bellezas para el aquí y ahora.

Después de varios años sin grabar –parecería que ser única tiene su precio–, Melania retorna al disco con *La flor del comprendimiento* (B&M), su tercer trabajo como solista. Sin renunciar a ese rigor que caracteriza sus elecciones de repertorio, la cantante corre la atención hacia atrás y rescata para su encanto temas como *La baguala del crespín*, del Chango Saravia Toledo; *Romance y vidala para mi río*, de Julio Espinosa; *La honda guatera*, una hermosa zamba de Arturo Dávalos. Un huayno de Sara Mamani, una tonada de Pepe Núñez, una milonga de Carmen Guzmán, un bailecito del boliviano Willy Claire, un vals de Jorge Marziali, entre otras flores, completan una variedad que confluye en la personalidad expresiva tan

delicada como arrolladora de la cantante, que aparece cuidadosamente secundada por músicos como Jorge Giuliano, Pílin Massei, Ramón Córdoba, Néstor Garnica y Quique Ponce, entre otros.

Entre los más logrados de un disco excelente, sin fisuras, podrían estar la versión de Celedonia Batista, de Teresa Parodi; la de En una barca de amores, de Violeta Parra –de donde sale el verso que da nombre al disco–; o la de Padre, la canción de Joan Manuel Serrat que la cantante lleva a su picadero con aires de vidala santiagueña.

Con otro disco ejemplar, Melania ilumina el lado más hermoso del folklore, ese que incluye a todos en su goce y que no necesita retórica paisajista para dar prueba de llevar la tierra adentro.